

EL PRIMER AÑO DE MEDICINA DE 1933 EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Al leer la lista de los 51 nombres que me ha entregado Lorenzo Cubillos hecho de menos un grupo de compañeros que también formaron parte de ese curso y parte muy importante de él: Ramón Florenzano, gran cardiólogo, Miguel Angel Solar que fue director del Hospital José Joaquín Aguirre, Fernando Rodríguez, gran obstetra, Jorge Infante, que era muy querido y muy simpático, Andrés Riesco que fue oncólogo, Eugenio Valenzuela con quien viajé con una beca a los Estados Unidos y que ejerció cardiología en Valparaíso, y Manuel González que murió, entiendo yo, antes de titularse.

Otra reflexión que me hago es que, no habiendo yo ejercido la medicina, he perdido de vista a la casi totalidad de mis compañeros de curso desde el día en que nos recibimos. He mantenido amistad tan solo con una docena o más de ellos. Hay incluso algunos de quienes no conservo prácticamente ningún recuerdo. Otros de quienes algo recuerdo de nuestro tiempo de estudiante pero de quienes nunca más he oído hablar en mi vida.

Como en tercer año entrábamos a la Universidad de Chile y pasábamos a tener nuevos compañeros, muchos de los cuales llegaron a ser muy buenos amigos y lo mismo se repitió en 5º año cuando se juntaron a nuestro curso un grupo de estudiantes que venían de Concepción, uno a veces se confunde un poco y no recuerda si tal o cual compañero empezó desde un comienzo con uno o se fue agregando con el correr de los años al grupo de los mas amigos.

Voy a empezar por recordar aquellos con quienes he mantenido mas contacto a lo largo de la vida o que fueron mas amigos en los tiempos de la Escuela.

Augusto Alvarez-Salamanca Swart tenía una poderosa voz de tenor que puso mas de una vez en peligro los vidrios de las salas en que cantaba. Mantuve contacto con él a lo largo de la vida y lo acompañé en sus últimos días en que vivía retirado en Malloco. Era un buen amigo, simpático, vital.

Mario Badilla Tellería era de Valparaíso. Cuando fui nombrado presidente de la ANEC, estando en 5º año, Mario fue responsable de los estudiantes de medicina y desarrolló un liderazgo natural y una actividad apostólica extraordinarios. Hacia el final del 5º año dio algunas señales de trastorno mental y murió al poco tiempo. Lo recuerdo como un hombre fuera de serie y un muy buen amigo a quien le debo mucho.

De Andrés Bascopé Guzmán también he sido muy amigo a lo largo de la vida. Yo celebré la misa de su funeral. Era casado con una hermana de Ruperto Murillo, la Eliana, a quien él cuidó durante su larga enfermedad con un cariño edificante. Tenía dos hijas con quienes formaban una familia muy unida. Es uno de los amigos que mas falta me ha hecho cuando el Señor se lo llevó. Me atrevo a decir que tenía mucho de santo, por lo menos de un gran hombre de bien.

Con Alfredo Castro Mayol nos encontramos en Talca cuando llegué allá de obispo auxiliar. Me invitó a su casa. Revivimos la amistad de los años de estudiante.

Juan Consiglieri Capurro era de Valparaíso al igual que Mario Badilla y que Luis Caro. Hacíamos juntos las preparaciones de anatomía que debíamos

rendir ante Ramón Montero o ante Eduardo Díaz Carrasco. También me he encontrado con él en Valparaíso, en su casa del Cerro Castillo, rodeado de su numerosa familia, cultivando su hobby por los autos viejos que desarmaba y armaba como si hubieran sido una jeringa hipodérmica.

Julio Dittborn Murillo fue también muy amigo en los tiempos de estudiante, nuestras casas quedaban cerca la una de la otra y muchas veces nos fuimos juntos a la Escuela o nos volvimos juntos a casa. Alguna vez nos deteníamos a tomar una chicha en el viejo “Torres” que sigue ahí mismo. Pero ya no tendría gracia tomar una chicha sin Julio. Él me abría los ojos a un mundo mas bohemio, mas diverso que el que yo conocía. Mas tarde lo perdí de vista pero me he encontrado en diversas oportunidades con sus hijos y hemos hecho gratos recuerdos de él.

Marcos Donoso Donoso quedó con el nombre de “Testut chico”, probablemente porque era de baja estatura y sin duda también por sus vastos conocimientos de anatomía y su capacidad de resumirlos en pocas líneas. Con él también hemos mantenido amistad a lo largo de los años. Alguna vez lo fui a ver a su casa de Maipo y también celebré sus Bodas de Oro matrimoniales. Un buen amigo.

Oscar Fuenzalida Comas, que se casó con una hermana de Ramón Ortúzar fue también un amigo muy querido. Murió prematuramente, casi recién casado. Era sencillo, con algo de infantil talvez, pero buen compañero, alma transparente.

Marcial García-Huidobro López ha sido obstetra. Nos veíamos mucho en los años de estudiante. Era muy amigo de Andrés Bascopé y casi fue cuñado de él y de Ruperto Murillo. Poco he sabido de él después.

Julio Guesalaga Toro era muy alto y muy delgado. Lo llamábamos “que se alarga” porque, a decir verdad, daba la impresión de ser un poco mas alto de un día para otro. En Temuco tuve la oportunidad de oír hablar de él porque el cónsul de Alemania en Temuco, que era mi amigo, era suegro de un hermano de Julio. Pero a él lo he visto muy pocas veces después de salir de la Escuela.

Enrique Mercadal Paccaud se estableció en Talca y era director del Hospital de Talca cuando yo estuve allí como obispo auxiliar. Fuimos muy amigos con él y con toda su familia. Ejercía como internista y como cardiólogo. Su familia era muy importante en Talca y él participaba activamente en la empresa familiar. Un hombre bueno, servicial, acogedor, un gran amigo.

Mario Meyerholz Cuevas fue un gran radiólogo y como tal lo vi más de una vez a lo largo de la vida en su centro radiológico del Hospital de la Universidad Católica. Hombre serio, dedicado al estudio y al trabajo, de pocas palabras pero muy fiable. Venía, al igual que Ramón Ortúzar, del Colegio Andrés Bello.

Ruperto Murillo Costa ocupaba sin duda un lugar importante dentro del curso. A pesar de ser un buen boxeador -su padre, el diputado liberal Ruperto Murillo fue toda su vida un dirigente de ese deporte- Ruperto era muy buen compañero, muy amable, y con un poder de seducción que ejercitaba con éxito con el sexo femenino. Pero era también un muy buen amigo. Mantuve amistad con él y con su familia y me dolió la noticia de su muerte prematura.

Ramón Ortúzar Escobar que fue profesor y decano de la Escuela de Medicina de la UC, fue mi compañero de estudios. Al llegar la primavera, al

acercarse el tiempo de los exámenes, yo me trasladaba el día entero a su casa de la calle Huérfanos y juntos preparamos todos los exámenes. A él lo llamaban un poco antes que a mí y se sacaba sus 15 puntos. Yo venía poco después y sacaba los puntos que podía, pero sin acomplejarme.

Rafael Ossa Foster fue también muy amigo mío. Pero no pasó del 2º año. Se casó y se dedicó a administrar el fundo de su señora. No hace mucho su esposa me invitó para que fuera a verlo. Había tenido un accidente cerebral pero conservaba gran parte de su lucidez. Al poco tiempo murió su esposa y entiendo que él quedó solo e inválido y entiendo que inconsciente. No lo he vuelto a ver. Era un compañero muy ameno, muy entretenido, muy bien informado.

Emilio Prado Germain era el que me seguía en la lista y más de una vez nos tocó formar pareja en algún trabajo práctico. Era sencillo, simpático, nos aveníamos muy bien. Entiendo que él era de Algarrobo donde su padre desempeñaba un cargo de gobernador marítimo o algo así. No he sabido de él después de la Escuela.

Cirilo Romero Marincovich era serenense y eso nos unía ya que lo veía en vacaciones en su ciudad natal. Vivía sobre la plaza, cerca del Liceo de Niñas. Toda esa manzana fue demolida y en ella se eleva hoy día la Intendencia Regional. Cirilo era simpático, muy tranquilo, con un buen sentido del humor. Entiendo que no siguió medicina pero nos encontramos no hace tantos años en otra actividad diferente y la amistad renació como en aquellos tiempos.

José Sepúlveda Zepeda era muy alto, muy moreno, serio, talvez tímido. Con él y con Mario Badilla entramos juntos como ayudantes al laboratorio de

fisiología, desde el tercer año. Era de Matanzas. Un hermano de él, sacerdote en Rancagua, fue compañero mío de seminario y nos hemos visto a lo largo de la vida y siempre le preguntaba por José. Fue médico en Chépica y me imagino que en muchos otros lugares. De él no he sabido últimamente aunque fui, hace poco, de paseo a Matanzas y me acordé mucho de él.

Juan Suárez González era de Temuco. Entiendo que era el mas joven del curso y dice la fama que llegó a primer año de pantalón corto. Al llegar a Temuco como obispo me encontré con él, reavivamos la amistad, visité varias veces su casa. Él era laboratorista. Pertenece a una familia española de Nueva Imperial, muy conocida en toda la zona. Él también tenía un hermano, Constantino, que fue compañero mío mas tarde en el Seminario y con quien también nos hemos visto a lo largo de nuestra vida.

José Miguel Toledo Lobo no siguió en medicina pero mientras fuimos compañeros en la Católica, fuimos muy amigos. Él era de los Padres Franceses al igual que Julio Dittborn y más de una vez nos volvimos juntos, a pié, por la Alameda. Era alto, flaco, de un color cetrino, muy simpático, muy conversador, intelectualmente inquieto. Pero no lo he vuelto a ver desde aquellos tiempos. Me encantaría saber de él.

José Ugarte Avendaño fue mi mejor amigo y lo ha seguido siendo hasta el día de hoy. Venía de Antofagasta, donde había sido condiscípulo de Radomiro Tomic en el Colegio San Luis de los jesuítas. Vivía solo con su madre -su padre, médico, había fallecido- en la calle Valenzuela Castillo donde lo fui a ver más de una vez. Era emparentado con el doctor Oscar Avendaño Montt de quien él y yo fuimos siempre amigos. A pesar de un leve tartamudeo, que aprovechaba muy bien a la hora de dar examen, era bastante

conversador y muy ameno. Era habitualmente el centro de la conversación grupal cuando veníamos caminando por Independencia junto con el “Tote” Infante, el “Huaso” Rodríguez, Manuel González y otros. Nos vemos de cuando en cuando. Tuve el privilegio de ayudar a una hija de él a ingresar al Carmelo donde es una religiosa contemplativa santa, así como también ayudé, como sacerdote, a una hermana menor de Ruperto Murillo a entrar a las religiosas del Sagrado Corazón. Así mi vida sacerdotal se ha enlazado un poco con las familias de mis compañeros de medicina.

Quiero recordar ahora a ese grupo a que me refería al comienzo:

Ramón Florenzano fue siempre correcto, ordenado, impecable, sonriente, afable, serio. Él ha sido mi médico durante muchos años y yo le había puesto por tarea el hacerme llegar al siglo XXI. Cumplió su tarea y él también llegó al siglo XXI y nos vemos de cuando en cuando: un gran amigo, un excelente cardiólogo, a quien quiero mucho.

Con Miguel Angel Solar también he tenido mucho contacto a lo largo de la vida. Me ha tocado celebrar en su familia muchos bautizos, matrimonios y otros sacramentos, y siempre lo he hecho con mucho agrado porque en su casa- quinta de Paine donde transcurrió gran parte de su vida médica, él sigue siendo el hombre acogedor, alegre, servicial y entusiasta que siempre fue.

Me veo de cuando en cuando con Fernando Rodríguez Silva. Está casi enteramente sordo pero se mantiene bien aunque su sordera le hace difícil el trato social. También celebré, con su familia, sus Bodas de Oro matrimoniales y lo he ido a ver y le he llevado la comunión a su casa cuando ha estado enfermo. Se alegra mucho al ver llegar en calidad de sacerdote, al que fue amigo y compañero en medicina en aquellos años lejanos.

Jorge Infante, el “Tote” era muy simpático, con un humor especial, con un talento natural para contar anécdotas y lo recuerdo con mucho cariño aunque muy poco nos vimos a lo largo de la vida.

Formaba parte del grupo Andrés Riesco Undurraga, que fue oncólogo, padre de una numerosa familia y que falleció hace ya algunos años. El “Huaso” Rodríguez, el “Tote” Infante y Andrés Riesco formaban un grupo de amigos inseparables.

Manuel González era también parte de ese grupo, falleció, entiendo yo, siendo todavía estudiante de medicina y recuerdo que en alguna oportunidad en que nos juntamos un grupo de compañeros de curso, fuimos a visitar su sepultura en el Cementerio General.

Eugenio Valenzuela fue muy amigo mío. Con él y con Ramón Ortúzar y otros tres compañeros con quienes nos juntamos en la Universidad de Chile, fuimos a Estados Unidos con una beca. Él quedó en Chicago y yo en Cleveland. Yo fui a verlo para pasar la Navidad con él y, cuando terminó nuestra beca, nos vinimos juntos en auto hasta Nueva York. Un muy buen amigo, muy serio, sencillo, culto, muy responsable, muy auténtico. Cuando se vino a vivir a Santiago, yo pensé que volveríamos a vernos. Desgraciadamente, murió en forma casi sorpresiva y no alcanzamos a reanudar una vieja amistad. Él era casado con una prima segunda mía.

Quiero referirme ahora mas brevemente a algunos compañeros que recuerdo muy bien de sus años de estudiante pero de quienes muy poco o nada he sabido a lo largo de la vida. Pedro Anunziata, no siguió estudiando la carrera pero fue un tiempo empleado administrativo de nuestra Escuela de Medicina. Éramos bien amigos. Luis Caro Costa, era de Valparaíso como

Consiglieri y Badilla pero tuvimos menos amistad. Lo recuerdo como muy simpático y de trato agradable. Pedro Castellano del Campo era el intelectual del curso, gran lector, interesado en todas las ideas. Recuerdo una pequeña polémica que tuvo con Manuel Larraín, el sacerdote a cargo de nuestra Escuela y que nos hacía unas clases de cultura católica con las que alguna vez discrepó Pedro. Era un buen amigo, conversábamos mucho pero nunca más supe de él después.

Mario Cruzat Mac-Cutcheon era bajito, siempre muy correctamente vestido, con más pinta de profesor que de alumno, simpático, de buen trato.

Recuerdo también a Mario de Crescenzo que tampoco siguió los estudios pero lo estoy viendo y lo recuerdo con afecto. Armando Doberti, que entiendo que se dedicó a las enfermedades torácicas de los niños, tampoco lo he visto pero en una oportunidad me encontré con alguien de su familia e hicimos recuerdos. Marco Escobar era ex-alumno del Colegio Hispano Americano. Lo recuerdo muy bien, su figura, pero no he sabido de él a lo largo de los años. Fidel García Nuño era hijo del profesor de química de la Universidad de Chile, García Latorre. Era serio. No recuerdo haber tenido contacto con él después de la Escuela.

Norman Moll usaba corbata humita y era exuberante, extrovertido, vital. Nunca más he sabido de él.

Neftalí Oyarzún venía primero en la lista de los que entramos a primer año en el año 33. Lo recuerdo con un aspecto debilucho, los dedos muy finos y entiendo que falleció muy prematuramente. Vicente Pezantes Serrano era ecuatoriano. Pezantes, Piñera y Prado éramos las tres P del curso y dábamos examen uno tras otro, lo que creaba un cierto vínculo entre nosotros, por lo

menos un vínculo nervioso. En estos últimos tiempos, oí hablar bastante de él porque veraneaba en un lago del Sur cerca de la casa en que veraneaban unos sobrinos míos y más de una vez estuve a punto de verlo pero no se dio la oportunidad y entiendo que falleció hace poco.

Después venía el grupo de los peruanos: recuerdo a Aldo Raffo quien se quedó en Chile y fue médico de la Nunciatura apostólica. A Pedro José Ruggero que era muy caballero, muy fino, muy simpático, y a Alex Zarak. Y tengo la impresión que había uno más pero no recuerdo su nombre y no me parece reconocerlo en la lista que me ha dado Lorenzo.

Recuerdo también a Ramón Rubio Peña y Lillo, alto, moreno, macizo. Recuerdo a Hernán San Martín, a Carlos Severin, que era de Valparaíso y de cuyo hermano fui mas tarde muy amigo.

Por fin tengo un recuerdo muy vago, casi nulo, de Manuel Aguirre, de Constantino Arriola, de Luis Felipe de Albertis, de Jaime Flores, de Edgardo García Cortés, de Alvaro Hidalgo, de Belisario Lagos, de Pedro Ortúzar Vega, de Manuel Ovalle, de Luis Veyl y de Ricardo Yametti. Los nombres me suenan, veo en forma brumosa la cara, la figura, pero nada más. Por algo han pasado 60 años y más desde aquellos tiempos. Tal vez podamos, entre todos los supervivientes, reconstruir sus personalidades.